

# Transgresiones de la sensibilidad

“a ver cuándo me hace usted unas poquitas”



Porque la tía Nines era gordita... por decirlo suave, o por lo menos con la suavidad que lo decía el abuelo Apolonio, que la adoraba.



Pero se la adorase o no — que como es natural tenía también sus detractores — en lo que inexcusablemente **había que estar de acuerdo** era en que, pasara lo que pasase y bajo ningún concepto por muy amplio que este pudiera formarse aún en las mentes más preclaras de los concursantes que, competitivos y deseosos todos de salir triunfadores,

pugnarían por el lugar más alto del podio adornándola de toda suerte de virtudes y defectos, nunca se daría pábulo, ni pie ni ocasión ni motivo ni fundamento ni base ni peana a ningún santo ni a ninguna seña fuera de identidad o dentro de los límites de la estación tanto del tren como de la estival en que él, el abuelo, con la cabeza tan perdida, se encontraba a sus anchas encerrado en unos recuerdos que, por más que su médico de cabecera y amigo de la infancia se esforzase cuando por las tardes se reunían en la biblioteca a jugar al ajedrez en insistirle en *Apolonio, no son tuyos, él, el abuelo, respondía con perfecto aplomo ¿y de quien, si están dentro de mi cabeza, pueden ser si no de mi nuda y absoluta propiedad?*

— No sé, Apolonio — le respondía el amigo —; pero le preguntaré al hijo de un sobrino de mi nieta, que es abogado.